



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: inglés.]

Los jóvenes y el descubrimiento de la vocación matrimonial

Escuchar a los jóvenes y acompañarlos en el descubrimiento del valor del matrimonio

Viernes, 9 de octubre de 2026

S.E. Monseñor Timothy Costelloe, S.D.B.

Al abordar este tema, he tratado de reunir mi experiencia personal a la hora de escuchar a los jóvenes, tanto como obispo como educador (en mi calidad de salesiano de Don Bosco), y las reflexiones tanto del clero como de los laicos de la Arquidiócesis de Perth, en Australia, a quienes he consultado sobre este tema. Este reto pastoral presenta múltiples facetas: hoy deseo simplemente ofrecer algunas reflexiones iniciales para dar pie al debate.

En primer lugar, hablar de «jóvenes» conlleva el riesgo de tratarlos como un grupo sociológico homogéneo en lugar de como personas individuales que, aunque tienen muchas cosas en común, son también individuos únicos con sus propias historias, experiencias y personalidades distintas. Y si hablamos más concretamente de los jóvenes católicos, hay quienes son devotos y comprometidos (por lo general, no la mayoría); quienes tienen distintos niveles de implicación en la Iglesia, desde la participación habitual hasta la ocasional; quienes buscan algo más; y aquellos para quienes las cuestiones de fe y creencias aún no han despertado su interés.

Debido a esta diversidad, no habrá respuestas fáciles ni soluciones institucionales sencillas: programas específicos, recursos catequéticos renovados, grupos juveniles parroquiales revitalizados, etcétera. Estos aspectos son importantes, pero hay algo más fundamental que hay que tener en cuenta: es una cuestión de *cultura*. El camino sinodal, aunque en parte se refiere a las estructuras, se refiere más fundamentalmente a un cambio en la cultura de la Iglesia, lo que el papa León ha identificado como un *cierto estilo* que debería caracterizar todas nuestras interacciones mutuas. A la hora de relacionarnos con los jóvenes, nuestro *estilo* de interacción reviste una importancia fundamental. Debemos tomarlos en serio, debemos tanto *alimentarlos* como demostrarles nuestro respeto, y debemos escucharlos atentamente —considerándolos como individuos, no como un grupo homogéneo—. Una cultura sinodal es una cultura de participación y acompañamiento: debemos salir a su encuentro allí donde se encuentren, establecer relaciones basadas en el respeto, la escucha y la acogida, y caminar junto a ellos mientras maduran.

Una cuestión fundamental para muchos es el significado de la sexualidad humana y su vínculo con el matrimonio. En Australia, y probablemente en muchos otros países, el concepto de un vínculo necesario entre la actividad sexual y la procreación, así como la importancia de dicho vínculo en el

matrimonio cristiano, ya no se comprende ni se acepta de forma generalizada. Como me explicó el director de Educación Religiosa de la Provincia de Australia Occidental —que está casado y tiene hijos adolescentes—: «*Muchos de nuestros jóvenes han heredado supuestos culturales sobre la sexualidad que difieren sustancialmente de los de la Iglesia: pueden incluso comprender la postura de la Iglesia, pero no les resulta fácil aceptarla*». Esto pone de manifiesto la tensión entre la visión de la Iglesia y algunas corrientes dominantes de la sociedad contemporánea e indica, como muchos sugerirían, el poder de *las redes sociales, el entretenimiento, la cultura de los iguales y los influencers en línea que a menudo presentan una visión de las relaciones humanas que privilegia la realización personal, la autonomía y la felicidad inmediata frente a la permanencia, el sacrificio y la alianza*. Además, muchos jóvenes se enfrentan hoy en día a experiencias dolorosas, como el fracaso matrimonial en sus propias familias, la violencia doméstica, las desigualdades entre mujeres y hombres y los fallos morales de los líderes eclesiásticos, cuya credibilidad y testimonio se han visto comprometidos. Competimos con muchas otras propuestas sobre el significado del matrimonio.

Al mismo tiempo, muchos jóvenes buscan relaciones que saquen lo mejor de ellos, que sean duraderas en lugar de fugaces y que les proporcionen una base sólida sobre la cual construir un futuro que merezca la pena vivir. Los jóvenes necesitan que se les apoye en estos deseos y se les acompañe en su camino hacia la construcción de tales relaciones. Además, necesitan que se les escuche y se les acompañe con comprensión y compasión mientras crecen, a veces de forma dolorosa, hacia una comprensión más madura de lo que implican esas relaciones vivificantes. Tanto a nivel parroquial como diocesano, es necesario un compromiso renovado en el desarrollo de formas de involucrar a los jóvenes en este momento crucial de su vida.

Dado que tantos matrimonios terminan en divorcio y que también muchas otras relaciones se desmoronan, muchos jóvenes dudan de que un compromiso para toda la vida sea posible o incluso deseable. En este contexto, el testimonio de las parejas casadas y de las familias estables constituye una herramienta poderosa. Como me explicó una pareja casada: «*El argumento más persuasivo a favor del matrimonio cristiano suele ser una pareja casada que lo vive bien*». Si las comunidades parroquiales locales lograran encontrar formas de hacer visible y celebrar el testimonio de las parejas casadas y las familias, el miedo al compromiso y las dudas sobre la permanencia que afligen a muchos jóvenes podrían, en cierta medida, mitigarse. Aquí existe un auténtico *ministerio del testimonio fiel* que bien podría recibir un reconocimiento formal en las comunidades parroquiales y diocesanas. Los cursos de preparación al matrimonio son un ámbito evidente para ese «ministerio del testimonio fiel». Lo mismo ocurre con los programas de Educación Religiosa en los colegios católicos. Y en las parroquias acogedoras y «adaptadas a los jóvenes», la posibilidad de ejercer ese ministerio se ve notablemente incrementada.

Recientemente, un sacerdote me habló de la «*teología elevada de la Iglesia sobre la intimidad conyugal*». Sugirió que uno de los objetivos de un curso de preparación al matrimonio debería ser precisamente la presentación de esta «teología elevada», pero desde una perspectiva positiva más que negativa: como un ideal por el que vale la pena luchar, en lugar de como una lista de reglas y normas que hay que seguir. Presentar ideales a los que aspirar, en lugar de normas que hay que seguir, tiene más posibilidades de ganarse a las personas y permitirles captar los valores que subyacen a dichas normas y reglamentos. Esto refuerza, además, la idea del acompañamiento, así como el reconocimiento de que todas las personas se encuentran en un camino de vida y de fe. Aunque las

parejas jóvenes que conviven antes del matrimonio no estén a la altura del ideal del matrimonio cristiano, eso no significa que no haya nada bueno en sus relaciones: las acogemos en su situación actual y las acompañamos mientras avanzan hacia una expresión más plena del ideal cristiano. Pero, como pregunta el papa Francisco en *Amoris laetitia*: «¿Quién habla hoy de estas cosas? ¿Quién es capaz de tomarse en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse seriamente para un amor grande y generoso?» (AL 284).

El catolicismo siempre ha tratado de conciliar, en una tensión creativa, la fidelidad a nuestros ideales y el respeto hacia quienes tienen dificultades para estar a la altura de dichos ideales o que, en determinadas etapas de su vida, los consideran poco realistas o poco convincentes. Si centramos el ministerio de la Iglesia y la práctica pastoral en las relaciones de amor, compasión y paciencia, y si nos comprometemos en el arduo camino de un acompañamiento respetuoso, entonces sembraremos semillas que otros cosecharán. Aunque se trata de una práctica pastoral saludable para todos, resulta especialmente adecuada para los jóvenes.